

“Las universidades del conurbano tienen un rol fundamental en atribuir identidad”

Diálogo abierto con Adrián Gorelik



Julio Villarino*, Victoria Pirrotta** y Gabriel D. Lerman***

Transiciones entre el mundo rural y el mundo urbano. Videojuegos, universidades del conurbano y cultura urbana. Las provincias, las comunidades y el Gran Buenos Aires. De estos y otros temas conversamos durante más de dos horas con el investigador, docente y ensayista Adrián Gorelik, en una charla abierta realizada en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). En el marco del proyecto de transiciones socioculturales desde/hacia el Conurbano Noroeste de la provincia de Buenos Aires, que coordinamos Victoria Pirrotta y Gabriel Lerman, sumamos al geógrafo cultural Julio Villarino, investigador también del INAPL. En la primera parte del encuentro, realizado el martes 15 de octubre de 2024, en la sede del INAPL, escuchamos una exposición de Gorelik sobre su libro *La ciudad latinoamericana*, en particular la primera parte “Por el camino de la etnografía. La aldea, del campo a la ciudad”, donde problematiza el camino teórico de la Escuela de Chicago, entre Robert Park y Oscar Lewis, acerca del migrante urbano del siglo XX. Migrantes de ultramar, internos y de países limítrofes, que llevan y traen los folklores, que recrean simbologías en la cultura popular masiva, y también las culturas comunitarias y

* Investigador del INAPL (Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano). Geógrafo y Magíster en Gestión de Ciudades (FADU-UBA).

** Licenciada en Cultura y Lenguajes Artísticos (UNGS), docente e investigadora (UNPAZ).

*** Licenciado en Ciencias de la Comunicación (UBA), docente e investigador (UBA-UNPAZ-INAPL).

suburbanas como puentes entre tradición, modernidad y cosmopolitismo. La conversación estuvo organizada por el INAPL, IDEPI-UNPAZ y la Maestría en Gestión Cultural (FyL-UBA).



Un perfil

Adrián Gorelik es arquitecto y doctor en Historia, ambos títulos por la Universidad de Buenos Aires. Investigador principal del CONICET y profesor titular (jubilado) de la Universidad Nacional de Quilmes, donde dirigió el Centro de Historia Intelectual. Recibió la Beca Guggenheim, fue nombrado miembro del Wissenschaftskolleg de Berlín, profesor Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge. Fue miembro de la revista *Punto de Vista*, es miembro del Consejo de Dirección de la *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, de la Universidad de Quilmes, y publicó, como mencionábamos, *La grilla y el parque* (1998), que es un trabajo señero, al que nosotros siempre volvemos una y otra vez (lo mencionamos cuando hicimos lo del tango también), y *Miradas sobre Buenos Aires* (2004). Recientemente publicó *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX* (2023), editado por Siglo XXI.

Bajo el título "La aldea en la ciudad", que retoma un concepto de Gorelik, quisimos conversar sobre estas transiciones socioculturales que convergen entre varios mundos. Sobre todo, cuando vemos datos abrumadores: el 91% de la población en Argentina es urbana, y de ese conjunto, el 66% está en solo 31 ciudades, en 31 grandes aglomerados urbanos. Tenemos casi un tercio de la población argentina en un solo aglomerado urbano, en una sola ciudad, que sería el Gran Buenos Aires. En su libro *La ciudad latinoamericana*, Adrián habla del concepto de transición folk-urbana o del "continuo folk-urbano". Y justamente nos importa pensar cómo se formulan, cómo se producen estas transiciones entre lo urbano y lo rural, entre lo tradicional y lo moderno, entre lo folclórico y las culturas populares masivas. En el último siglo, se ha constituido Buenos Aires como una gran metrópolis,

donde también se desarrolla la industria cultural, la migración masiva como un nuevo actor social, que también va a ser parte, entre otras cosas, el público, los lectores, los escuchas que van a sostener a esa industria cultural. De todos estos temas intentamos conversar con Adrián, de las expresiones socioculturales como resultantes de diversas tradiciones y modernidades.

Julio Villarino (JV): Bienvenidos, gracias por estar acá, a todos y a todas. Gracias a Adrián (Gorelik) por venir, por hacer posible el encuentro. Bueno, a Gabriel (Lerman) también, que lo invitó a Adrián, así que sin vos no hubiera sido posible tampoco. Gracias a Victoria (Pirrotta) también, por participar y traer a los estudiantes de la UNPAZ que nos acompañan. Y gracias a Leonor Acuña que nos recibe en el Instituto y nos permite profundizar estas indagaciones. Una de las cosas que estamos trabajando es cómo pensar las cuestiones urbanas, contemporáneas, dentro del INAPL, y cómo ligar eso con el mundo del folclore, con el mundo indígena, con los mundos rurales. Queremos preguntarte cómo pensar hoy la ciudad, pensando también que esta idea de la posmetrópoli, de la que habla Edward Soja. La metrópoli que se desestructura, que ya no hay un centro consolidado, el centro de la ciudad ya no es tan importante, y surjan nuevas centralidades. También pensando en ustedes, por ejemplo, que en José C. Paz hay una universidad nacional, producto de la iniciativa pública, que recrea ahí una nueva centralidad. ¿Cómo pensar estos procesos también entre lo comunitario y lo societario y moderno? Digo, ¿cómo pensarlos hoy en el ámbito del Gran Buenos Aires en general? Digo, ¿hacia dónde van? ¿Cuál es la nueva aldea de la ciudad? Bueno, ¿cómo se expresa en el Gran Buenos Aires?

Adrián Gorelik (AG): Bien, muchísimas gracias por la invitación, la verdad es que estoy muy contento de estar aquí. Sí, claro, es un tema bien complejo. Cuando surge la cuestión de las migraciones rural-urbanas –que se producen desde finales de la década de 1930 pero comienzan a ser pensadas como problema sociourbano en la década de 1950– y por lo menos hasta fines del siglo XX, el proceso era pensado dentro de un marco muy particular, el de la “ciudad expansiva”, que supone ciertos rasgos de la vida urbana. El primero de ellos, más allá de que pudiera realizarse o no en la práctica, es que la ciudad se concibe en ese marco como un organismo unitario que debía ser inclusivo de las diferencias de un modo “solidario”. Pero no utilizo aquí la idea de solidaridad desde un punto de vista, digamos, filantrópico, sino en el sentido mecánico, como cuando se dice que en un motor las piezas funcionan solidariamente. Bueno, esa es la idea que había en el siglo XX sobre la ciudad: las piezas tienen que funcionar solidariamente porque, como se descubrió ya desde las epidemias de cólera y fiebre amarilla del siglo XIX, la epidemia se produce en un sector de la ciudad (en general donde viven los pobres, donde hay menos infraestructuras y se padecen condiciones higiénicas precarias), pero no afecta solo a quienes viven allí, sino que rápidamente se extiende a toda la ciudad. Este descubrimiento hace que la ciudad sea, desde muy temprano en el siglo XIX, el primer territorio de experimentación de muchas ideas que luego van a generar el estado de bienestar: los primeros reglamentos edilicios y urbanos, las primeras infraestructuras universales, etc., se aplican en la ciudad desde el siglo XIX para garantizar ciertas condiciones universales de funcionamiento unitario. Esa ciudad es la que llamo la “ciudad

expansiva”, que transcurre entre el último tercio del siglo XIX y la década de 1970 como un proceso de triple expansión. Cuando hablamos de expansión urbana en el lenguaje corriente, en general hablamos de la expansión de los bordes de la ciudad. Ese tipo de expansión es un factor constitutivo de la idea de ciudad capitalista, porque, así como no había que limitar el mercado, tampoco había que limitar la ciudad, que también en buena parte es mercado. Entonces, la expansión urbana y demográfica es el primer aspecto de la “ciudad expansiva”.

Pero, en realidad, desde muy temprano en el siglo XIX, eso se complementó con otros dos tipos de expansión: una expansión hacia adentro de la sociedad, es decir, la integración social, y una expansión hacia adelante en el tiempo, es decir, la idea del proyecto, que da sentido a las profesiones de lo urbano. Y eso permanece a lo largo de casi todo el siglo XX, cuando ya aparecen los instrumentos públicos del estado de bienestar de modo explícito para justamente lograr que la expansión urbana fuese acompañada de integración social y de una idea de proyecto colectivo. En particular en Buenos Aires, ese proceso expansivo de la ciudad fue bastante exitoso. No digo exitoso en el sentido de que la ciudad resolviera completamente los problemas de la integración sociourbana, aunque en términos comparativos con las otras grandes ciudades latinoamericanas, Buenos Aires tuvo en el siglo XX una de las más altas tasas de integración social, sin ninguna duda. De todas maneras, estaba lejos de ser satisfactorio; pero, así y todo, el imaginario de los poderes públicos, el imaginario de las profesiones técnicas que se dedican a pensar la ciudad, orbitaba en torno a la idea de que ese era el ideal perseguido, y realizaban acciones que buscaban alcanzarlo, compensar las desigualdades del mercado, etc.

Entonces, la aparición de “la aldea” en “la ciudad”, es decir, la aparición de núcleos que son percibidos como de otredad radical, los campamentos provisarios donde recalaban y se acomodaban como podían los migrantes internos llegados a la ciudad, se convierte en un gran desafío para ese imaginario unitario, para esa aspiración de ciudad relativamente homogénea, y genera la pregunta: ¿qué hay que hacer con esto? Y allí es posible definir tres grandes posiciones en las décadas que yo estudio, entre mediados de los años 1950 y mediados de los años 1970.

Una es la posición reformista, digamos, que viene un poco del debate de Chicago que estudio en el libro (el debate entre la posición de Robert Redfield sobre el “continuo folk-urbano”, y la posición de Oscar Lewis sobre la “cultura de la pobreza”, que tuvo un peso enorme en el modo en que se pensó el problema en toda América Latina) y que comparten los primeros que tematizan este nuevo tipo de “marginalidad urbana” entre nosotros, figuras como Gino Germani en Buenos Aires o José Matos Mar en Lima. En primer lugar, ese reformismo inaugura una manera de ver la cuestión: las poblaciones marginales inscriben en el seno de la ciudad el desequilibrio en las estructuras económicas y sociales nacionales entre el campo y la ciudad, cuando hasta ese momento (especialmente en los marcos de la cultura arquitectónica) eran vistas como un “problema de vivienda”. Ahora bien, dentro de los marcos conceptuales de la ciudad expansiva, estos estudiosos ven como un valor positivo la integración de los migrantes en la vida moderna urbana. Coincidieron con la idea de “continuo folk-urbano” en el sentido de que consideran que tiene que haber una adaptación de los migrantes al nuevo medio urbano; a eso se llamaba el “proceso de transición”: el pasaje de la “comunidad” (tradicional, organizada en torno de

la familia en desmedro de los individuos, con predominio de los lazos primarios por sobre los secundarios, con culturas jerarquizadas, etc.) a la “sociedad” (definida como su opuesto). Pero combinan esa idea con los hallazgos de las investigaciones sobre la “cultura de la pobreza”, en el sentido de que ya no creen que los migrantes tengan que desentenderse de todos los rasgos socioculturales que traen de sus hábitats originarios (de todos los aspectos que los definían como “comunidad”), sino que consideran que muchos de esos rasgos pueden tener una función positiva en la adaptación (por ejemplo, las redes de la familia ampliada), como mecanismos de “amortiguación” del impacto de la vida urbana moderna. Son reformistas en el sentido de que valoran al mismo tiempo la integración a la sociedad moderna y la vida comunitaria de los grupos migrantes. Eso se ve en su doble insistencia: buscan refutar el estigma de la marginalidad (mostrando que la mayoría de los pobladores de las barriadas y las villas miseria son obreros y trabajan fuera de su barrio), y, simultáneamente, buscan poner en valor los roles de una identidad comunitaria vigorosa (indígena o rural), desdenada por la cultura urbana dominante.

Pero a esta posición reformista se le va a oponer, desde mediados de los años 1960, una segunda posición, que desde el punto de vista del pensamiento social es completamente fascinante. Esta posición dice: ¿por qué tanta preocupación por la integración si en realidad ya están integrados? ¿Qué es eso de hablar de la marginalidad? Están integrados, hace falta simplemente ver cómo son sus vidas cotidianas. Tienen trabajos insertos en la ciudad; sus hijos van a las escuelas que están en la ciudad; reciben la cultura que produce la ciudad. Sí, es cierto, algunos de ellos reivindican orígenes rurales, y está muy bien que lo hagan (sigo parafraseando los argumentos de esta posición). Lo hacen para conseguir una mejor negociación con los poderes públicos a los que enfrentan para autoproducir su hábitat. Pero una cosa son sus autorrepresentaciones y otra muy diferente son sus prácticas efectivas. Este fue el momento en que se dijo: la villa miseria (la barriada en Lima, la favela en Río) no es un problema, es una solución. Se trata de una fórmula muy eficaz que produjo un antropólogo norteamericano trabajando en Lima (William Mangin): la barriada no es el problema, es la solución. El problema son las ideas que tiene el Estado y que tienen las profesiones modernas del hábitat respecto de qué hay que hacer con este tema, pero si miramos atentamente los modos en que la gente lo resuelve (la autoconstrucción sobre terrenos vacantes), el modo en que se autoorganiza y produce su medio urbano, descubrimos que plantean soluciones mucho más efectivas (y mucho más adecuadas a sus verdaderas necesidades) que las que propone el Estado con sus planes de erradicación y nuevas viviendas. Hay una figura fundamental de este debate que es John Turner, un arquitecto inglés que se viene a fines de los años 1950 a trabajar en las barriadas de Lima y que le da difusión internacional a esta posición reivindicativa de la idea de “autoconstrucción” y contraria a la idea de “marginalidad”: la energía del Estado y de los organismos de asistencia tiene que estar puesta no en inventarles una ciudad nueva, “moderna” a los migrantes (tarea por otra parte para la que, aunque se hiciera “bien”, no alcanzarían los recursos), sino en allanarle el camino a la iniciativa popular. Ya antes de Turner en Perú, las conclusiones a las que se fue arribando en el trabajo de campo que hacía una institución muy importante del debate sobre el hábitat popular en América Latina, el CINVA (Centro Interamericano de Vivienda que instaló en Bogotá la OEA en 1951), eran muy similares. En el CINVA se fogueó un sociólogo colombiano que iba a ser luego muy famoso, Orlando Fals Borda, trabajando con un arquitecto argentino, Ernesto

Vautier, que asistían a comunidades semirurales y trataban de entender cómo ellos construían su hábitat. Y su conclusión fue que había que darles la palabra a ellos, que el Estado y las instituciones de asistencia tenían que entender ese camino propio para apoyarlos con técnicas modernas, con recursos, pero para potenciar su propia manera de hacer. No tenían que intentar imponerles modelos de vida, modelos culturales que suponen una modernidad abstracta, ideal, a la que “hay que llegar” (ese es el supuesto detrás de la idea de “transición” o “continuo folk-urbano”), sino que, en realidad, tenían que entender cómo ellos están viviendo y ayudarlos a mejorar esas mismas condiciones para darles más poder y mejores recursos para definir su propio hábitat. Turner iba a decir que en la autoconstrucción residían tres libertades: la de autoselección de la comunidad, la de autoorganización de los propios recursos y la del control sobre la formalización del propio ambiente. Por supuesto, esta posición, que se presentaba a la izquierda de la posición reformista, generó miles de discusiones por izquierda, ya que también se los acusaba de estar embelleciendo las durísimas condiciones de vida que tiene la gente en esas barriadas. Y, respecto de la autoconstrucción misma, se les señalaba que en realidad era una coartada progresista para enmascarar la sobreexplotación de los trabajadores, que en la barriada o la favela se veían obligados a seguir trabajando esta vez simplemente para garantizar su reproducción como fuerza de trabajo.

Pero sobre el entramado de estas discusiones apareció una tercera posición, digamos, que va a ser la de la “urbanización dependiente”, como la llamó uno de sus principales teóricos, el peruano Aníbal Quijano que entonces trabajaba en la CEPAL en Santiago de Chile. Esta posición, que también proponía una salida por izquierda a los dilemas del reformismo, en lugar de negar la marginalidad de “la aldea” (como hacía Turner y los que propiciaban la autoconstrucción), la va a radicalizar, viéndola como algo positivo. Hay que situar estas posiciones en Santiago en la segunda mitad de los años 1960 y los primeros de la década de 1970 –entre los finales del gobierno democristiano de Frei Montalva y los comienzos del gobierno socialista de Salvador Allende– donde el fuerte protagonismo político del movimiento de pobladores generaba una gran expectativa por su capacidad contestataria y sus cualidades organizativas. En ese marco se pensaba que “la aldea” (la población callampa, como se le dice en Chile) no debía verse como un grupo de pobladores deseosos de integrarse a la vida urbana, moderna y burguesa, sino que, en su radical otredad, podía funcionar como germen de una nueva sociedad, ni burguesa ni moderna, de la que iba a venir la transformación deseada. Se trata de una radicalización del dualismo folk-urbano que le da plena autonomía cultural y especialmente política a los migrantes, convirtiéndolos en agentes objetivos del cambio, capaces de ofrecer una alternativa global a los valores de la civilización urbana occidental.

Ya en los años 1980, las posiciones de los antimarginalistas, como John Turner, las va a tomar el Banco Mundial (que comienza a sostener que la autoconstrucción es la única manera de resolver el problema del hábitat de los pobres urbanos) y también teóricos del neoliberalismo que van a radicalizar el argumento de que el problema siempre fue el Estado, que la gente sabe lo que quiere, que hay que dejar que trabaje por su progreso sin ponerle trabas, en una versión que equipara autoconstrucción ya no con las tres libertades de las que hablaba Turner, sino con libertad de mercado. Esa es una de las derivas de ese debate en la década de 1980, que se ve bien en el economista peruano Hernando

de Soto y su libro de gran impacto *El otro sendero*. Y, por otro lado, las posiciones de la “urbanización dependiente”, ante el fracaso de la ola revolucionaria de los años 1960 y comienzos de los 1970, en la que las poblaciones de las barriadas y sus reclamos habían jugado un papel tan importante, luego de los golpes de Estado, se va a convertir en una suerte de celebración (consolatoria) del fracaso de los ideales modernizadores, en su carnavalización: la invasión permanente y sin solución a la vista de los migrantes del interior que llegan a unas metrópolis cada vez menos preparadas para recibirlos, termina devolviéndoles con la moneda de la decadencia patrimonial y la crisis ambiental lo que las grandes metrópolis les hicieron a lo largo de toda la historia latinoamericana a las regiones interiores. Es el historiador norteamericano Richard Morse señalando que “por primera vez desde la conquista europea la ciudad no representa un bastión intruso en el dominio rural: la Nación ha invadido la ciudad”; o el ensayista peruano Abelardo Sánchez León dictaminando que “si hace siglos, durante la colonia, a los indios se les encerraba en zonas bajo cuatro murallas, hoy en día los sectores acomodados se encuentran en *ghettos* residenciales rodeados por aquellos que consideraban bárbaros y que han llegado al corazón o al hígado de este país...”.

Como ven, las tres posiciones se van superponiendo y relevando pero a partir de la década de 1980 quedan en una suerte de *impasse*, mientras que el problema de “la aldea en la ciudad” siguió sin encontrar una respuesta satisfactoria. Y sobre ese *impasse* va a operar el gran cambio que se produce desde la década de 1990 en nuestra concepción de la ciudad, porque lo que se pierde entonces es la convicción modernista-reformista de la “ciudad expansiva”, la idea de que la ciudad tenga que ser una unidad solidaria.

Ahora bien, como todos los fenómenos históricos, esta transformación tiene diferentes caras. Me voy a referir a lo ocurrido en Buenos Aires, que es el caso que conozco mejor. Lo que ocurre desde finales de los años 1990 ante la caída del ideal de “ciudad expansiva” (recordemos, esa triple expansión de la ciudad en el territorio, de la sociedad sobre sí misma, la idea de integración, y de las ideas de ciudad hacia el futuro, la idea de proyecto) es que, por una parte, el Estado y las profesiones de lo urbano se desentienden de que se trata de una única metrópoli que debe ser gestionada con criterios unitarios y con la finalidad de buscar cierta compensación con el mercado, en función de alentar cierta homogeneización sociourbana; por el contrario, surge una visión positiva de lo que podemos llamar, frente a la perimida “ciudad expansiva”, la “ciudad archipiélago”, la ciudad que acepta y fomenta la aparición de núcleos muy contrastantes: núcleos de riqueza y núcleos de pobreza extremas, a veces lado a lado de una avenida o un muro; núcleos de tecnologías avanzadas y de infraestructuras frágiles e incompletas; núcleos de consumos sofisticados y de socialización de los desechos... Esta es una cara de esta “ciudad archipiélago”: la renuncia al proyecto unitario y homogeneizador, que aunque haya sido siempre una promesa fallida de la modernidad, mientras existió fundamentó políticas distributivas que tuvieron efectos importantes en el hábitat sociourbano. Eso no existe más (aunque siga existiendo lo que los estudiosos de las instituciones llaman “la mano izquierda del Estado”, el sector “social” de la administración pública, casi siempre con técnicos comprometidos, que sigue buscando aplicar políticas de compensación, pero al carecer de todo aquel consenso ideológico que atravesaba todas las capas del Estado y de la sociedad, se vuelven más y más marginales).

Pero hay otra cara que comenzamos a advertir a partir de la caída de ese “consenso expansivo”, y es que junto con la fragmentación de la “ciudad archipiélago”, junto con la caída del “proyecto unitario” de ciudad, junto con el “sálvese quien pueda” que esa fragmentación acarrea, donde cada retazo de ciudad autogestiona su lugar en el conjunto, también comenzó a definirse un nuevo tipo de identidad cultural en esos fragmentos metropolitanos.

Me explico mejor a través de un estudio histórico del Gran Buenos Aires que realicé (para el volumen sobre el Gran Buenos Aires de la *Historia de la provincia de Buenos Aires* que editaron EDHASA y UNIPE, con dirección de Gabriel Kessler). Allí muestro que durante todo el siglo XX no existió nada parecido a la cultura de los barrios del Gran Buenos Aires: la cultura de Lanús, la cultura de Loma de Zamora, la cultura de Morón. La fuerza de la ciudad expansiva era tal que, de alguna manera, se generaba una identidad colectiva en la que la cultura estaba en el vértice de la ciudad central, sin permitir que emergieran identidades barriales. Eso no había ocurrido en el primer momento expansivo (entre finales de siglo XIX y la década de 1930), cuando la “cultura barrial”, la cultura de los barrios que hoy parecen centrales (como Palermo, Villa Crespo, Almagro, Boedo, Parque Patricios, toda la corona de barrios populares que emergió rodeando a la ciudad histórica), pero que entonces eran completamente periféricos, definió sin embargo la identidad de Buenos Aires. Y eso queda demostrado, entre muchas otras cosas, en que la identidad de Buenos Aires fue definida por dos productos culturales que surgieron de esos barrios: el tango y el fútbol. Pero ese fenómeno no se repitió en el segundo momento expansivo, el del Gran Buenos Aires desde la década de 1940: así como había habido en los años 1920 un “Boedo”, cuya cultura plebeya e izquierdista se oponía a “Florida”, no existió nada parecido en el Gran Buenos Aires. No existieron equivalentes a los Roberto Arlt o los Jorge Luis Borges que en las décadas de 1920 y 1930 recorrián los barrios populares capitalinos para descifrar la identidad de la ciudad; nada similar ocurre hasta la década de 1990 en el Gran Buenos Aires. Como prueba, pongo como ejemplo una novela de la década de 1970, que es una de las primeras obras literarias que pone un barrio suburbano como protagonista, *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, de Jorge Así; pero lo pongo como ejemplo para mostrar que allí no se define una identidad quilmeña: la ambición de la pareja protagonista es salir del barrio e ir a la capital. Y terminan viviendo en la calle Corrientes, participando de la vida intelectual y artística del centro de la ciudad, en el vértice en que se define la cultura para toda la metrópoli. Y el barrio que describe la novela tiene un lugar ya construido por el tango en la década de 1920 para los barrios capitalinos: es el lugar donde estaba la familia, la madre, la barra de amigos, el lugar del origen, el lugar de las primeras experiencias sexuales, etcétera. Pero de allí había que salir: el destino era, de alguna manera, el centro.

Eso es lo que cambia a finales de la década de 1990, con el fin de la ciudad expansiva. Aparece todo un género nuevo que podemos llamar con propiedad “la novela del conurbano”, mostrando un tablero de barrios que han desarrollado una dinámica propia. Aparece el rock barrial, con un atractivo que nace en el barrio, y aunque desde allí se proyecte a toda la metrópoli (y, a veces, a todo el país), lo hace hablando del barrio y teniéndolo como referencia. (Aquí también conviene poner un ejemplo contrastante, también quilmeño: Vox Dei, el grupo de los años 1970 que, aun reivindicándose de

Quilmes, nunca tematizaron en su música su condición conurbana). Aparece la movida teatral de diversos barrios del Gran Buenos Aires.

En ese contexto de transformación generalizada en la dimensión cultural, es posible decir que las universidades del conurbano están teniendo un rol fundamental, porque están contribuyendo a una posibilidad de identificación que antes solo la daba el fútbol. Si yo era de Lanús, lo único que tenía para poder identificarme era ser del equipo de Lanús, sobre todo en el sur, que fue un eje de gran desarrollo del fútbol profesional (el oeste y el norte funcionaron de modo diferente). Como aglutinadoras de todas esas nuevas manifestaciones culturales, como hitos barriales en la producción de cultura académica, pero también como usinas barriales de manifestaciones culturales tanto populares como de vanguardia, las universidades son más que un ejemplo entre otros (la novela del conurbano, el rock barrial, la movida teatral): como instituciones públicas están jugando un rol de amalgama de las identidades barriales.

Por supuesto, también como ocurría con las conclusiones que presentamos acerca del fin de la ciudad expansiva, este fenómeno tiene diversas caras: el estallido de las identidades culturales tiene la contracara de la fragmentación, del encierro en cada barrio, de la caída de cierta universalidad urbana. Es un hecho que los jóvenes del conurbano van poco a la capital. Yo me crié en Lanús yendo a la escuela en Loma de Zamora pero teniendo como referencia los fines de semana ir al cine a la calle Lavalle, aunque había cines en Lanús. No sé si ha quedado alguno, pero en mi infancia y juventud había al menos tres cines en Lanús, otros tres en Banfield, tres o cuatro en Lomas de Zamora y, así y todo, la salida a la capital era parte de la vida juvenil de las clases medias y medias bajas. Hoy eso es mucho más difícil, lo que daba continuidad material y simbólica a esa trama metropolitana se ha cortado: el viaje se vuelve prohibitivo de caro, pero además se pierden los incentivos culturales para emprenderlo, ya que de aquel cono céntrico de la Capital deja de emanar la atracción y el prestigio que generaba un sentido de pertenencia universal, y aparece mucho más el tejido entrecortado del collage. Vuelvo a insistir en que eso viene mostrando una parte muy positiva, que tiene que ver con la identificación cultural que cada uno de esos barrios produce; pero al mismo tiempo no puedo dejar de plantear esa contracara: ya no estamos hablando de una ciudad que sea capaz de pensar en un futuro común.

Universidad y conurbano(s)

Victoria Pirrota (VP): La gente del conurbano decimos “Vamos a la capital”, nosotros hoy mismo hemos venido a la Capital y está bueno. Estaba pensando recién esta cuestión de cómo las universidades nacionales, la presencia de universidades en el conurbano, hace que habitemos o resignifiquemos verdades y aparezcan nuevos emisores de verdad. Graduados, los chicos, las chicas, van a graduarse en unos años de Producción Audiovisual, en Videojuegos, y van a ser emisores de verdad también. A pesar de la cuestión de la fragmentación y de algunas pérdidas, ¿no?

AG: Como todo fenómeno, este tiene muchas caras, como vengo tratando de mostrar. Gracias a las universidades del conurbano, por ejemplo, la universidad argentina ha recuperado un papel histórico en la educación de la Argentina, que es la movilidad social. Es sabido que en las universidades del conurbano hay 60%, 70%, 80% de chicos que son la primera generación universitaria en su familia. En el caso de Quilmes, que conozco mejor, un porcentaje muy alto de los estudiantes es también primera generación que pasa por el secundario. Una vez salidos de la escuela secundaria, esos chicos no hubieran ido a la UBA ni a La Plata. Antes, la opción para quienes viven en la zona de Quilmes, que está a mitad de camino, era la UBA o La Plata, pero la mayoría de la matrícula actual de la Universidad de Quilmes no hubiera seguido carreras universitarias de haber tenido que viajar a Capital o a La Plata, por razones tanto socioeconómicas como culturales. Entonces, el efecto de la creación de la Universidad en Quilmes es ya solo por eso extraordinariamente positivo, porque genera una redistribución efectiva de los bienes educativos. Pero, al mismo tiempo, la otra cara del fenómeno es que favorece cierto provincialismo.

Es decir, moverse, tener que ir a la capital, tener que ir a La Plata, implicaba salir de una dimensión barrial-familiar, salir de una dimensión –para volver al tema de la oposición comunidad/sociedad– en la que me siento cómodo cobijado por los lazos primarios, y forzar un tipo de experiencia civilizatoria. La oferta que tenemos de las universidades del conurbano tiene un atractivo doble: por una parte, por su vinculación con problemáticas situadas, con problemáticas de la región en la que está la Universidad (y en eso muchas universidades del conurbano vienen tenido una acción muy sostenida y creativa), pero, al mismo tiempo, por su altísima calidad (al menos en algunas carreras) genera la voluntad de asistir a esas universidades de gente que vive lejos de esa región; es decir, que la elección de la Universidad pasa por el tipo de oferta. También sabemos que es muy difícil viajar en el conurbano, sabemos que Buenos Aires está hecha para viajar radialmente: es más fácil ir de Quilmes a la UBA que de Quilmes a San Martín o a cualquier otro lugar.

VP: Claro, sí. Incluso a nosotros, por ejemplo, en los primeros años de las carreras en el 2015, cuando empezamos a dictar las carreras en UNPAZ, sucedía este fenómeno de que venían a cursar las carreras gente que le queda más cerca la universidad. Y ahora nos está pasando que, por ejemplo, la carrera de Videojuegos es una de las pocas universidades públicas que la dicta, entonces hay un montón de chicos que vienen de localidades que no son cercanas.

AG: Eso sería lo ideal, también en relación con los recursos públicos, ¿no? O sea, no tiene sentido la duplicación de carreras en todas partes, tiene sentido que las universidades se especialicen en algunas cosas y que la gente que quiere estudiar eso vaya allí.

Gabriel Lerman (GL): Nosotros estamos intentando investigar a través de diferentes proyectos, retomando esta idea de la transición, de la transculturación, o de ida y vuelta entre estos préstamos culturales. Nos ha pasado y nos sorprende cada vez más cuando hacemos trabajos de biografías familiares o autobiografías, aparece muy fuerte ya como en una generación apenas por arriba de la migración, de una manera muy decisiva. De todo el Norte Grande, del NEA, NOA y países limítrofes. Es una zona fabril, el noroeste del conurbano, donde todavía es fuerte la industria de zona norte. Todavía se encuentra una aspiración importante de una familia de José C. Paz, de Grand Bourg, de Pilar, de que algún hijo entre a trabajar a Toyota o a la Ford.

AG: El problema para mí estructural es que el modo de acumulación política del conurbano favorece la fragmentación. Y eso ha dificultado siempre la coordinación de políticas urbanas para toda el área metropolitana. Ni siquiera en tiempos de dictaduras, cuando los gobiernos militares se presentaban como movidos exclusivamente por razones técnicas, alejadas de la política (era una representación completamente distorsionada, ahora lo sabemos muy bien, pero en la que ellos y una parte importante de la sociedad creía), ni siquiera en esos gobiernos fue posible llegar a algún tipo de coordinación metropolitana. Ustedes saben que esa imposibilidad está inscripta en la propia denominación que le damos al Gran Buenos Aires: la palabra “conurbano” fue inventada a finales del siglo XIX en Londres para hablar, justamente, del crecimiento de la ciudad sobre pueblos existentes que se iban de alguna manera aglomerando y unificando en una única realidad urbana. La palabra la inventó un biólogo escocés, Patrick Geddes, muy importante en el pensamiento urbanístico, para designar lo que la ciudad central coloniza e incorpora en una nueva entidad mucho mayor, que es el “conurbano”; así, el “Gran Londres” era toda esa entidad: la ciudad central y los pueblos y suburbios “conurbanizados” por ella. Nosotros, en cambio, llamamos “conurbano” a lo que no es la ciudad central, a lo que crece por fuera de la Capital. O sea, ya hay una paradoja en el término, en el uso del término, que demuestra, casi como un lapsus lingüístico, la imposibilidad que hubo en Argentina desde los años veinte, cuando se empezó a pensar el problema, pasando por los años cuarenta, cuando se instauró la figura del Gran Buenos Aires, hasta el presente, de construir instituciones de coordinación metropolitana. Por ejemplo, cada municipio compite para que se radique un *country* dentro de sus límites (porque un *country* puede suponer percibir más impuestos, también algo de trabajo para los vecinos más pobres, mayor movimiento comercial, etc.), y no hay ningún ente, ninguna institución que tenga la visión en el conjunto del área metropolitana pensando qué sería lo más conveniente para esas tierras donde se va a instalar el *country*, qué función deberían tener en el futuro crecimiento de la ciudad. Y esto, digamos, es un pequeño botón de muestra de todo. Lo más parecido a ese pensamiento de coordinación metropolitana es lo que pudieron hacer algunas políticas del Estado central, como las obras de infraestructura sanitaria, con todos los límites que han demostrado en su extensión a los anillos más lejanos del conurbano. Pero por fuera de esas políticas centralizadas, lo que ha dependido de la política municipal y provincial nunca ha podido abandonar la fragmentación. Entonces quiere decir que hay una dificultad en el propio sistema político argentino, que tiene que ver con una dificultad mucho mayor que se remonta a los momentos en que se separa la Capital de la provincia. La federalización fue el

modo de intentar resolver un gran problema (lo que en el siglo XIX se llamaba el “problema capital”, porque era el obstáculo para organizar la nación) pero generó dos entidades que al día de hoy podemos concluir que resultaron en dos fracasos. Tanto la Capital Federal, cuando uno la piensa en términos de políticas urbanas, de integración al conurbano, como La Plata, como capital de la provincia de Buenos Aires, son proyectos fracasados. La Plata realmente deja muchísimo que desear. No son ciudades que tengan una esfera política propia, un proyecto sociourbano propio: ambas dependen completamente de la política nacional. No hay una clase política propia, pero tampoco hay una ciudadanía activa en Capital o en La Plata que debata programas de transformaciones urbanas de mediano o largo plazo.

JV: No hay una identidad bonaerense homogénea.

AG: Claro, no existe. No hay una opinión pública local que se proponga producir a través del debate (no solo político, también técnico) un programa para la ciudad. Cuando uno ve la competencia electoral por el municipio de San Pablo, ve que se disputan programas de desarrollo urbano y económico-social de la ciudad. Eso es lo que está en juego en las elecciones. ¿Cuándo vieron que se sometiera a debate algún programa de desarrollo urbano en las elecciones tanto en la Capital como en La Plata? No tenemos ese tipo de construcción de opinión pública territorial. Y bueno, eso me parece que tiene que ver con la configuración del gran problema argentino, que es el problema del federalismo. O mejor, de su ausencia. O de su tan dificultosa y parcial no aplicación.

GL: En el momento inicial de la cuarentena por la pandemia, una de las cosas que también salían a la luz, era esto de que la Ciudad de Buenos Aires tiene en su patrimonio público, digamos, una serie de recursos sanitarios, de hospitales, que en el origen fueron una inversión del país federal. O sea, estamos viendo una paradoja en la que la ciudad más rica sigue usufructuando de una infraestructura que durante cien años financió toda la República.

AG Sin contar que la gente que viene de la provincia a utilizar esos servicios de la Capital gasta aquí su dinero, y como el IVA sigue siendo el impuesto que más recauda, es muy sencillo advertir que no es cierto que esa gente que viene “de afuera” de la Capital no aporte a los hospitales que usan, ¿no?

GL: Esa centralidad de la ciudad-puerto nunca logró tampoco eso...

JV: Yo creo que con la federalización se intenta obturar ese poder, y a la vez se lo fortalece por las propias... Si están todas las autoridades nacionales, los ministerios, todo... Eso me parece contradictorio.

AG: Lo que pasa es que lo que quisieron con la federalización, digamos, la Liga de Gobernadores y el Interior, que fueron los que se la impusieron a la provincia de Buenos Aires, era desactivar su poder. Cuando se habla de Buenos Aires en el siglo XIX, se habla de la provincia. La ciudad está, pero se habla de la provincia. La Federación convierte a la ciudad en un factor, digamos, diferente de la provincia y que empieza a tener su propia lógica de acumulación y concentración del poder.

GL: En el caso de las universidades, se había, entiendo, dado en otras épocas, pero en los noventa se da fuerte, y para la época del Bicentenario ya está tomado, que es la disputa con la UBA. O sea, que finalmente el proyecto de la Universidad de Buenos Aires era descentralizar, creo que es más el poder... como descentralizar a las universidades centrales.

AG: Sí, pero no hay que olvidar además que, durante buena parte del momento de auge del menemismo, la Universidad de Buenos Aires era prácticamente el único partido opositor. El radicalismo estaba totalmente destruido después de la hiperinflación y el final tan complicado del gobierno de Alfonsín, sin chances de recuperar peso político, pero tenían el gobierno de la Universidad de Buenos Aires y ese era un poder muy importante, que aparecía, claramente en ese momento, como opositor al menemismo. Y ahí se produjo un enfrentamiento silencioso entre dos proyectos igualmente irracionales: por una parte, la UBA comenzaba a crear sedes en el Gran Buenos Aires e incluso en la provincia de Buenos Aires; y por otra parte, el gobierno nacional comienza a crear universidades en el conurbano. Digo que se trataba de dos proyectos irracionales porque la expansión de la UBA suponía incrementar el tamaño de una universidad ya inmanejable, y porque la creación de universidades en el conurbano por parte del gobierno nacional se hizo sin ningún tipo de plan de desarrollo universitario, de coordinación con las universidades existentes, al mero impulso de las demandas de algunos intendentes con llegada política. Como sea, en ambos casos muestra una puja movida fundamentalmente por la política en completa carencia de planes meditados, completa ausencia de una reflexión sociocultural-territorial acerca de dónde era más conveniente y necesario instalar universidades, qué carreras tienen que ofrecer, sin ningún tipo de planificación general. Yo creo que el resultado a la larga fue bueno, fue mejor que si no hubieran surgido, pero cuando uno lo piensa como modo de la política pública de un país, es un disparate lo que pasó. Tanto el intento de la UBA de crecer sin límites y convertirse efectivamente en una especie de... yo no diría de París, porque la Universidad de París en el 68 se descentralizó, se partió en varias universidades en un proceso exactamente inverso al que pretendía la UBA en los noventa. Yo diría que quería convertirse en la Universidad de la República del Uruguay; pero Uruguay es un país mucho más chico y se puede dar el lujo de tener una única universidad. Acá era un disparate. Pero la respuesta del gobierno nacional, más allá de sus efectos a largo plazo, también lo fue y demuestra la incapacidad que tiene el sector público en la Argentina de tramitar conflictos, de pensar a mediano plazo, de organizar planes de acción coordinada.

Giro cultural y planificación urbana

Victoria Sosa (VS):¹ Me pregunto, en esta mirada de la ciudad como archipiélago, como un conjunto de islas que buscan una forma, ¿qué rol juega la cultura y este énfasis, que se nota mucho, porque yo tengo muchas discusiones con colegas antropólogos, sobre esto de la mirada tan particular que a veces impide... inclusive nosotros mismos somos los que estamos en esa trampa y pidiendo un debate más general? Lo llevo también a mi proyecto, donde trabajo con varios pueblos indígenas, y uno no puede atender necesidades aisladas, a las particularidades, sin pensar que es un itinerario, que es un proyecto político, además de patrimonial, que es de integración de varios países latinoamericanos. Entonces, ¿cómo lo ve? Los estudios urbanos más específicos, que tienen el debate cultural, patrimonial, identitario, que todo eso va junto, y ¿cómo contribuyen o no, porque esto también creo que es contradictorio, a algún pensamiento global? Creo que es necesario para proponer políticas, para pensar políticas globales, inclusive sin llegar a los extremos de pueblos que se consideran no parte del Estado Argentino. Porque el patrimonio fue esa cosa, ese relato único que los excluyó, y ahora no encontramos una forma de construir un relato, quizás por ese fallido federalismo, que incluya a la diversidad. Entonces, un poco tu opinión sobre esos procesos.

AG: Efectivamente, el florecimiento de las políticas identitarias a fin de siglo es parte del problema, y de la solución en todo caso, pero es parte de este complejo de asuntos que tienen que ver con la pérdida de poder de los Estados, en general, de su poder de imponer políticas culturales homogeneizadoras y con la pluralización de la idea de identidad, pero que no podemos no asociar al fenómeno de marketing de las identidades culturales, ya que este se convirtió en uno de los modos principales a través de los cuales los territorios urbanos se dieron cuenta de que tenían que competir en un mercado global. Ya sea porque es realmente global a nivel universal en el gran turismo, o como en regiones metropolitanas como la nuestra, porque tienen que competir entre sí, por recursos, por inversiones, incluso por atención. Entonces, no cabe duda de que la cultura se empieza a volver una especie de comodín que habla de todo, y en el cual es muy difícil distinguir cuando uno se enfrenta a situaciones culturales de gran disposición simbólica y muchas veces material también. ¿Cómo llevar adelante procesos de restitución y de reivindicación de ese tipo de situaciones sin caer en las fórmulas que hoy en día se han vuelto, de alguna manera, comunes para formular políticas territoriales y urbanas? Es decir, lo que se llama “marketing urbano”, la idea de usar la cultura para producir una “marca” identitaria. Para poner un ejemplo absurdo en función de tu pregunta, pero que me parece que es suficientemente emblemático, ¿cómo hacerlo sin estar creando un Museo Guggenheim en cada población postergada que tenemos? Ya sabemos que es imposible, y que además no tendría el efecto que tuvo en su momento el de Bilbao, pero lo cierto es que ese tipo de operaciones generó un patrón para pensar la cultura. Menem decía: “ramal que para, ramal que cierra”. Y actualmente parece que dijéramos: “ramal que cierra, construcción de centro cultural y patio de comidas en la estación”. Es muy difícil escapar de

¹ Coordinadora técnica del programa Qhapaq Ñan / Camino ancestral (INAPL), participante de la charla desde el público.

esas respuestas que quizás dan un buen resultado una vez, en algún lugar, pero que se imponen como norma con resultados cada vez más insuficientes para ayudar a esas comunidades a recuperarse de la postergación; la verdad que es muy difícil. No tengo mucho más que decir que eso. Porque también son las herramientas con las que hay que trabajar en cada momento y porque ya hemos perdido, incluso antes de que lleguen los discursos que están dominando con este gobierno, la ilusión de un Estado a la mexicana, digamos, que podía agarrar zonas completas del DF y decir “Bueno, esto se preserva”. Y lo preservamos poniendo plata... Así y todo, también de ese modo se generaban situaciones que serían risibles si no fueran también trágicas: políticas de preservación que solo parecen comprometidas con las necesidades turísticas y que generan en el centro histórico una especie de lucha cotidiana. Se preserva algo a fuerza de poner policía que le va ganando palmo a palmo el terreno a los mercados informales de todo tipo que “afean” el barrio. Es decir, se preserva convirtiendo en museo lo que antes pertenecía a la vida cotidiana de las clases populares. Pero en cuanto se distrae la vigilancia, vuelven los mercados y todo vuelve a empezar. De todos modos, en el tipo de Estado que tenemos nosotros y que tuvimos siempre nosotros, y en el tipo de patrimonio que habría que preservar aquí (donde no tenemos en ninguna parte la densidad histórica de una ciudad como México), tampoco es muy fácil hacer ese tipo de operaciones, ¿no? Entonces yo creo que es uno de los grandes problemas, digamos, del deterioro actual de los instrumentos públicos para intervenir políticamente en la mejora de la comunidad.

JV: Hay un capítulo en el libro *La ciudad latinoamericana*, creo que es uno de los últimos, de la cultura urbana latinoamericana. Ahí vos nombrás una serie de autores como Ángel Rama, Richard Morse, José Luis Romero, que supuestamente implican un giro cultural sobre la cultura de la ciudad. Pienso si ese giro cultural no implica cierto abandono sobre la idea de intervención concreta sobre la ciudad, de cambio sobre la ciudad. Digamos, de las teorías de la planificación urbana y regional, cuando se plantean diagnósticos, al mismo tiempo, se proponen herramientas concretas de intervención. Puedo pensar si este giro cultural también no implica cierto abandono sobre la idea de proyectos, como vos decís. De cierta capacidad, por lo menos, de intervenir concretamente y realizar transformaciones sobre la ciudad.

AG: Sí, claramente. Yo no pongo ese giro en esos tres autores. Porque esos autores, los que nombraste, Morse, Romero, Rama, todavía formaban parte de la corriente general que buscaba resolver los dilemas de “la ciudad latinoamericana”; ellos luchaban por demostrarles a los sociólogos y demógrafos (las profesiones dominantes en esa corriente), que la cultura, la literatura, el pensamiento, era fundamental para entender las ciudades, y no solo los censos y las estadísticas. Pero de todos modos ellos formaban parte de un “equipo intelectual”, como le gustaba decir a Rama, que estaba preocupado por cómo transformar esas ciudades y por cómo intervenir para mejorárlas, para volverlas más habitables para la sociedad. Lo que ellos decían es que se necesitaba también una reflexión sobre la cultura para entender eso. Lo que llamo el “giro cultural” se produjo después de que esos autores escribieron, en los años 1980, y ya fue parte de un cambio en el modo en que se vinculaban las interpretaciones cultura-

les y los proyectos. Hace muchísimos años, en los noventa, escribí algo muy crítico contra la noción de imaginarios urbanos. En esa época estaba muy en boga una interpretación de los imaginarios urbanos a través de la obra de un escritor colombiano, Armando Silva, que había inventado un dispositivo para volver operativa esa noción a través de encuestas en varias ciudades latinoamericanas similares a los censos, pero con preguntas culturales (de qué color ven los habitantes su ciudad, ese tipo de cosas). Y se convirtió en un tipo de insumo muy utilizado en el momento de transición democrática por los nuevos gobiernos municipales, como si ese tipo de encuestas les dieran acceso a una clave oculta para orientar las políticas urbanas. Entonces, yo contraponía la idea de imaginación urbana que implica el proyecto con estas nuevas formas de entender los imaginarios urbanos que se habían resignado a que no hubiera proyecto. Había que pulsar los modos en que la gente entendía las cosas para proponer una pluralización de representaciones y políticas que ya debilitaba hasta la extinción la idea de que era posible intervenir con un proyecto. Ese fue el cambio: en la década de 1980 hubo un cambio doble en el pensamiento urbano. Se abandonó la idea de que existía una “ciudad latinoamericana”, una idea que en términos de conocimiento suponía muchas limitaciones, pero que había resultado productiva en términos políticos. Y lo que se desechó junto con esa idea, fue la posibilidad de pensar América Latina, de pensar los diálogos entre ciudades en América Latina. El peso que ganó la cultura en nuestro modo de estudiar las ciudades llevó necesariamente a un trabajo mucho más monográfico. ¿Por qué? Porque yo no podría haber escrito nunca *La grilla y el parque*, mi libro sobre Buenos Aires pensando en cuatro ciudades al mismo tiempo: porque la historia cultural urbana supone un conocimiento intensivo de cada ciudad que permita poner en relación, digamos, las infraestructuras urbanas y la producción literaria. En esa vinculación, los procesos culturales terminan siendo absolutamente únicos y casi excepcionales en cada ciudad. Frente a la generalización un poco absurda a la que había llevado la idea de “ciudad latinoamericana”, que se componía como una especie de Frankenstein, con pedacitos de las ciudades más variadas, se pasó a un monografismo radical, en el que solo se podía conocer de verdad a una ciudad singular.

Lo que yo intento en este libro es un camino para volver a pensar en América Latina sin renunciar a lo que produjo la historia cultural urbana monográficamente. ¿Cómo hacemos para pensar en los procesos culturales y urbanos que conectan distintas ciudades? No tengo una respuesta, todos son intentos, este libro es un intento, un experimento. Ahora estoy elaborando un proyecto para estudiar de conjunto Buenos Aires y Montevideo como zona cultural, y también es un experimento para ver otros modos de pensar diversas ciudades latinoamericanas. Son intentos, porque no hay una receta o un camino asegurado; es solo la voluntad de hacerlo sin renunciar a todo lo que se ha ganado en el conocimiento a partir del giro cultural.

GL: Un poco, como charlamos, algún ejemplo muy emblemático que se pone en gestión cultural es el de, en los barrios de Medellín, las bibliotecas públicas. Estas polémicas también hay que fecharlas, porque veinte años después resulta ser un emblema que, además, en todos los cursos de gestión cultural se pone como ejemplo de la intervención del Estado a través de la cultura la recuperación

de Medellín, los barrios de Medellín con posterioridad al narcotráfico. Y es como el modelo que se estudia en todos lados, es como lo mejor.

AG: El ejemplo es realmente extraordinario, pero lo que no se suele decir cuando se lo menciona, es que supuso la inversión de muchos recursos, lo que conlleva una decisión política muy fuerte: la de volcar una parte importantísima del presupuesto de la ciudad en las infraestructuras (culturales y de las otras) en los barrios de la periferia más carenciada. Todos los que proponen políticas de urbanización de las villas usan el ejemplo, pero no acompañan esas políticas con esos niveles de inversión, y entonces terminan siendo políticas de maquillaje. Conozco bien la transformación que se hizo en Medellín, fueron una serie de iniciativas a lo largo de dos alcaldías a comienzos de los años 2000 (las de Pérez Gutiérrez y Fajardo), que con una fortísima decisión política reorientaron las inversiones públicas hacia esos barrios, creando redes de bibliotecas y centros educativos de primera calidad en la periferia, así como el MetroCable para conectarla con la ciudad central, etc., una extraordinaria, original y creativa propuesta para resolver problemas sociales muy profundos que nosotros por suerte no conocemos en esa gravedad, como era la Medellín de los años sesenta y setenta con el narcotráfico. Conozco esa experiencia, y sé que la decisión política que implicó, la cantidad de recursos que puso en los barrios más pobres, es incomparable con nada de lo que se haga aquí. Al punto de que muchas de esas políticas no fueron continuadas, y sin embargo dejaron una impronta que sigue operando positivamente. En Buenos Aires, los discursos sobre la urbanización de las villas, en cambio, siempre estuvieron acompañados de bajísimos presupuestos, que solo permite una integración urbana bastante escenográfica, pero no reformas de fondo.

Estudiante: Yo, que quiero meterme a los Videojuegos, pero obviamente no tengo los recursos, y tanto en mi caso como en los de muchos de mis compañeros de acá, sería muy rico eso. El poder tener un lugar especificado, como trayendo un ejemplo en un ámbito internacional, la Ciudad de México, en el ámbito de la ciudad universitaria, que está especificada en el ámbito universitario y hay una cultura directamente de lo que es universidad. ¿No sería bueno como traer eso acá, como tener ciertas zonas especificadas, ciertas áreas en específico?

AG: A ver, de lo que comentaste tomo dos cuestiones que son un poco distintas, pero que podrían confluir. Una es el rol de las ciudades universitarias, que fue un modelo de implantación universitaria bastante extendido en la mitad del siglo XX, entre las décadas del veinte y el treinta y las décadas del cincuenta, sesenta. Un poco la idea de campus a la norteamericana. Es una idea que se ha instalado muy parcial y complejamente en la Argentina, porque la idea de campus supone una separación entre universidad y sociedad a la que no estamos habituados. Nosotros tenemos el hábito de que el académico es también un intelectual público y vive en su ciudad. Cuando uno ve cómo viven los campus norteamericanos, donde en plena Alabama, el estado de mayor discriminación racial que

pueda uno imaginarse, se encuentran campus universitarios hiperprogresistas, sin ningún contacto entre la producción que se da en el campus y esa sociedad. Nosotros no estamos muy habituados a eso. Nosotros estamos habituados a universidades muy insertadas en el medio urbano. Por supuesto, eso está cambiando; la profesionalización académica incide mucho en ese cambio. Y así y todo, sin embargo, nosotros todavía tenemos más bien universidades insertas en sus ciudades. Por ejemplo, parte importante del programa de todas las universidades del conurbano es la inserción territorial, y cómo inciden en políticas para su sector. La UNSAM trabajando sobre las inundaciones del río Reconquista; la UNQ creando alimentos para Quilmes, etc. Ese tipo de experiencias sigue siendo muy importante para nosotros. Y la tipología del campus tiene un programa distinto de la relación entre universidad y sociedad. Entonces, por un lado, está lo del campus. De todas maneras, nuestras universidades del conurbano son pequeños campus. Yo no conozco la UNPAZ, pero conozco la de Quilmes, obviamente, la de General Sarmiento, la de Lanús, conozco la UNSAM. Tienen pequeños campus, hechos de restauraciones edilicias que contaron con diversos recursos y llevaron adelante diversos tipos de imaginarios de la restauración. Las cuatro que nombré son fábricas o sectores industriales (talleres ferroviarios) reciclados. Es significativo, digamos, que frente al abandono del trabajo industrial y el empequeñecimiento de las infraestructuras de transporte en el conurbano aparezca la universidad. No debe establecerse una relación causal, pero es un dato que no se puede desdeñar. Exagerando, podríamos decir que, así como en los años setenta había una consigna política que decía que había que hacer el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel, pareciera que hoy nos dispusimos a hacer una universidad en cada fábrica que cierra. Eso también es complicado para pensar la relación entre nuestras universidades y la sociedad, si se lo piensa como síntoma de los cambios más generales. Pero, bueno, eso tiene que ver con una parte de tu pregunta. La otra cuestión que vos decís yo la sumo más como algunas cuestiones que ya mencionamos acerca del “branding urbano”, el “marketing urbano”; por ejemplo, hacer de José C. Paz la ciudad del videojuego, convertirlo en una “marca” de la ciudad para conseguir todo tipo de inversiones. Yo asisto con interés pero también con mucha preocupación a ese tipo de políticas, porque son los Guggenheim, digamos, en muy pequeña escala, y hay que ver cómo funciona en cada caso, qué se hace con las inversiones, cómo se las sostiene en el tiempo. En general, es el modo que han encontrado ciudades grandes y pequeñas de buscar sobrevivir en momentos de competencia global despiadada. Y entonces, en tu comentario veo ambas cosas, que de repente son una sola o no, pero tienen lógicas distintas, ¿no? Tienen lógicas distintas.

GL: Sí, me quedo con la reflexión que hace Adrián. Lo que hay seguramente, y ustedes incluso generacionalmente hasta lo pueden percibir más, es la mayoría de campus asociados seguramente al campus virtual, digamos, porque nos llega por ese lado. Hay claramente lo que es una fuerte impronta más desterritorializada por el propio desenvolvimiento del soporte, del producto videojuego. Nuestra carrera fue fundada por un grupo de la Asociación de Desarrolladores de Videojuegos de Argentina. Me gusta decirlo porque hay una confusión, incluso entre nuestros estudiantes, respecto de que muchos creen que es más deseable ir a la UADE a estudiar esa carrera y que en realidad no van a la UADE porque les queda más cerca José C. Paz. Y yo lo que les digo, frente a eso, es que la carrera de Video-

juegos se creó en José C. Paz, en la UNPAZ, como parte de una planificación entre el Ministerio de Educación y la Secretaría de Cultura de la Nación. Luego, la UADE arma una carrera que ni siquiera se llama Videojuegos, es otro tipo de carrera. Es decir, que la UNPAZ tenga esa carrera fue parte de una política pública, porque esa carrera se crea alrededor del año 2010, según una prueba que se impulsa desde Nación, desde los MICA (Mercado de Industrias Culturales de la Nación). O sea que forma parte de un desarrollo público indirecto o no planificado, más para discutir. Y, casi por razones casi fortuitas, uno de los principales desarrolladores, José Guerra Rado, era paceño. Con el tiempo, ahora la carrera impulsa las *jam* de videojuegos que son globales. Y las hacen ahí. Todos los años se hacen uno o dos en las que participan cientos de pibes y pibas. Y la UNPAZ es realmente conocida en el ámbito de videojuegos internacional porque es una de las principales pioneras de Argentina, de América Latina. Son muchos en la zona, y desde ahí mismo hacen actividades muy concurridas. El riesgo que tenemos para pensar en los aportes desde ahí es que tampoco seamos mano de obra barata de proyectos que no sepamos bien hacia dónde van. Insistimos todo el tiempo en pensar a qué tipo de desarrollo de videojuegos contribuimos, si existe la posibilidad de un desarrollo de videojuegos argentino, autónomo, local, regional, tal vez del conurbano. Y bueno, ahí podríamos estar horas. Está bueno pensar eso porque es un poco también la ciudad del siglo XXI.

AG: Sí, tiene que ver con una de las características fuertes de lo que fue el *branding* urbano, la idea de marca-ciudad. Una idea fuerte de los ochenta, noventa, que impulsó mucho Barcelona. Hay un gurú de la marca-ciudad que sigue dando vueltas por el mundo dando conferencias y dice más o menos siempre lo mismo, pero que un poco se ha generalizado: las ciudades tienen que ver cuál es el rasgo de su identidad que puede llegar a insertarse en un mercado global, un mercado simbólico global, y entonces potenciarlo, etcétera. Así se hacen los festivales de tango en Buenos Aires. Bueno, el tema es no terminar en la caricatura; pero sí, alguna de esas cosas es importante tomar.